

lo que, tal vez con un poco de exageración, podría llamarse la mística de la pasión que se expande sin fronteras.

Lo admirable de *ATC* es que pueda instaurar ese significado en el muy ambiguo límite entre la seriedad y el humor; o lo que es mucho más difícil, entre la solemnidad y el ridículo. El narrador no oculta los achaques de la vejez y no olvida el sesgo tragicómico de la relación entre dos ancianos, pero finalmente impone la convicción de que por encima de esas circunstancias hay una auténtica grandeza. De aquí que al final el capitán del barco que conduce a los amantes tenga que reconocer que “es la vida, más que la muerte, la que no tiene límites”.

El lector no puede menos que agradecer a García Márquez esta casi himnica glorificación del amor y de la vida —y el optimismo si se quiere utópico sobre las posibilidades casi infinitas del vivir humano—, pero el mismo lector tiene que preguntarse por qué y de dónde nace esa obsesionada afirmación vitalista. Son varias las respuestas posibles, pero una —leída con estupor— debe rechazarse: es la que, haciendo uso del sociologismo más ramplón, asocia la novela al proceso democratizador que vive América Latina, comenzando porque las nuevas democracias —aunque infinitamente superiores a las dictaduras derrocadas— no pueden generar ni de manera indirecta y remota una afirmación de la índole de la que subyace en *ATC*. Con todos los riesgos de su idealismo tácito es mejor leer la novela como expresión de una contradicción frontal entre la defectividad del mundo contemporáneo, y en especial de la sociedad latinoamericana, y la vocación de plenitud que subyace —aunque encadenada— en el hombre aun cuando viva en las peores circunstancias.

Desde este punto de vista, el logro mayor de *ATC* tal vez sea, precisamente, el contrastar esa facultad de plenitud con la realidad que la niega (después de todo los viejos amantes sólo pueden realizar su pasión “fuera del mundo” en una navegación sin fin y en un barco supuestamente infestado por el cólera), pero contrastarla no en términos de una contradicción ciega y absoluta sino, más bien, como una oposición que puede y debe ser vencida por el hombre, individualmente primero y luego en

términos colectivos cuando —y de nuevo aparece el componente utópico— la pasión libérrima sea parte del vivir cotidiano en una sociedad también libre.

Antonio Cornejo Polar

Pastor, Beatriz. *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana, Casa de las Américas, 1983.

El Discurso narrativo de la conquista de América de Beatriz Pastor es un amplio análisis de varios textos de la conquista y la colonia que nos permite apreciar la actitud primera del conquistador con respecto a América, y su transformación e integración final en lo que podemos considerar el inicio de una literatura genuinamente americana.

Para explicar los propósitos generales de la autora podemos comparar el primer texto que estudia, el de Colón, con el último, el de Ercilla. Colón “descubre” América con “una imagen clara de lo que iba a encontrar”. Beatriz Pastor expone los precursores que formaron la mente de Colón, Marco Polo y otros, plena de dragones, grifos, sirenas, amazonas, gorgonas y, por supuesto, el Paraíso. Colón encuentra islas y un continente que él convierte en el objeto de su búsqueda, la India. La realidad no cambia sus esquemas. Cuba será Cipango o Catay y los reinos del Gran Can, y las regiones de Tarsis y Ofir aparecerán a su vista. Y, finalmente, el Paraíso. Colón no encuentra América sino Asia y así comienza una deformación del nuevo mundo que se completaría con otros esquemas y propósitos. Colón ve riquezas, tierras fértiles, oro, esclavos, valores de intercambio comercial, especies. Ve una fácil absorción religiosa y una tremenda incapacidad de defensa del indio americano. América comienza a ser con Colón un apéndice económico de Europa. Dice la autora:

“El primer retrato del hombre americano, tal como emerge en el contexto del primer código de representación, está completo. Es indefenso, salvaje y cobarde, y, para Colón, su función ya está claramente determinada. No se trata de comerciar con él, como hizo Mar-

co Polo con los habitantes de los reinos remotos del Gran Khan, sino de despojarlos de sus riquezas y de utilizarlos como siervos, ya que ésta es la única función para la cual el hombre americano le parece dotado al Almirante, pues “son gente de amor y sin cudicia y convenientes para toda cosa”, según éste afirma el 25 de diciembre. Y esta visión del indígena se mantendrá hasta el final del cuarto viaje.”

El trabajo muestra cómo la pluralidad queda descartada eliminando Colón la capacidad verbal del indígena.

Colón, en suma, no otorga humanidad a los indios. Ercilla, 80 años después, se pone en el lado opuesto de Colón. Ercilla ensalza al indio y cuestiona al español. El español es, a menudo, cobarde y traidor; el araucano presenta un incuestionable sistema de valores —el honor, la caballerosidad, la valentía— que armoniza con el paisaje americano pero que se enmarca perfectamente en la cultura occidental. Ercilla idealiza la heroína india a lo europeo. Tiene ella amor, castidad, honra y fidelidad, características que la asemejan con las heroínas de la antigua literatura caballeresca. El indígena ya no es mercadería sino pueblo modelo de la cultura occidental. Este contraste señala una superación del hombre americano en el punto en que el europeo ha perdido sus antiguas virtudes:

“Para Ercilla, los araucanos no sólo son seres humanos —por oposición a una tradición que los percibía como bestias u objetos—, sino que representan precisamente todo aquello que los españoles han dejado de ser, y son la encarnación misma de todas las virtudes que los españoles han acabado por traicionar.”

Beatriz Pastor dedica varias páginas a mostrar cómo estas características del texto araucano han desorientado a los críticos europeos y americanos.

Entre el texto de Colón y el de Ercilla existen textos intermedios que la autora ha escogido con gran acierto. Las cartas de Cortés exponen un propósito de botín y saqueo que avanzan hasta exponer la rebelión y, sin trasgredir el código de vasallaje, transformada, a través de su hábil ficción, esta rebe-

lión en modelo de servicio al rey. El rebelde se describe fiel, y a Diego Velázquez, en verdad fiel vasallo, lo transforma en traidor. Con Cortés se hace ostensible que ficcionalizar es mentir. Cortés hace una épica militar de una altísima traición. Y Dios, la Virgen y los Santos lo ayudan en su traición, así como Dios ayudó a Colón en la realización de su proyecto. La diferencia sustancial, textual entre Colón y Cortés gira en el cambio de significación de lo que ahora los críticos llaman el referente. Para Colón, América es una proyección del fabuloso mundo medieval europeo y un proyecto comercial. Para Cortés sus cartas son la realización de un proyecto de “adquisición de fama, gloria y poder” en base a un tergi-versado y lúcido análisis de una realidad concreta. Una manera de hacer literatura con la nueva realidad americana.

La *Relación de los Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca cumple otro paso en este descubrimiento verbal de América. Con esta obra, se quiebran preconcepciones, mitos y mitificaciones. La naturaleza americana es hostil; el conquistador es vulnerable; la desnudez y el canibalismo no son atributos de los americanos, o no solamente de ellos. Como narra Alvar Núñez:

“Cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron a tal extremo que se comieron los unos a los otros hasta que quedó uno solo que por ser solo no hubo quien lo comiese.”

En Alvar Núñez no hay héroes ni salvajes. Aparece el hombre tal como es generalmente, el que no busca más botín que un mendrugo, una manta o un pedazo de leña.

Las historias narradas alrededor de las expediciones de Ursúa y Lope de Aguirre derrumban totalmente los mitos iniciales de la conquista. Con Ursúa se destruye el modelo del conquistador. Lope de Aguirre es un rebelde, sin duda, pero es un rebelde que busca los valores ideológicos tradicionales que se han ido perdiendo con Cortés y sus pares. Con las narraciones de El Dorado:

“El orden épico ha sido substituido por el caos del terror: la armonía, por el conflicto; la unidad por la división; la justicia, por la arbitrariedad; la obediencia, por la indisciplina; y la conquista, por la sedición.”

Hay mucho más, por supuesto, de lo que se ha esbozado en estas notas. Lo que parece más claro en la totalidad del trabajo es la visualización analítica de una línea que va de la negación del hombre americano a su emergencia histórica; y muy clara parece la continuidad de los textos literarios en su progresión y rupturas. Los textos cronológicamente se dislocan pero para marcar una línea ascendente de identificación con la realidad que se va formando como producto de la conquista. Hay, además, cultura, y erudición que no estorba los análisis de Beatriz Pastor. Y lo principal: la ideología renovadora en la interpretación de estos textos. Y es evidente un marcado énfasis en la importancia de la literatura como base de la interpretación de la historia. Este *Discurso* está al día con lo que debe ser la manera americana de ver nuestra literatura. El premio Casa de las Américas, 1983, otorgado a la autora por este ensayo, hace evidente, una vez más, que estamos en pleno desarrollo de una actitud crítica que nos distancia de la crítica europea.

Francisco E. Carrillo

Amador, Raysa. *Aproximación histórica a los Comentarios Reales*. Editorial Pliegos, Madrid; s.f. 226 pp.

Estudios recientes de diversos investigadores han demostrado que lo que Garcilaso de la Vega, el Inca, escribió sobre sus antepasados por línea materna no es necesariamente la historia de los incas. En su afán de establecer analogías con las culturas clásicas de Europa, quizá para hacer más discernible la historia de los incas, quizá para encomiar sus hechos o para mostrarle a los españoles caminos más rectos de conquista, Garcilaso originó una cadena de tergiversaciones de las cuales recién estamos saliendo debido a los estudios más recientes.

Por lo general, los conquistadores españoles y los sacerdotes que vinieron con ellos, no entendieron bien al Nuevo Mundo y sus habitantes. No pudieron o no quisieron ver que las civilizaciones que aquí se habían forjado tenían concepciones diferen-

tes de las europeas y no por eso menos sabias, certeras o susceptibles de servir de guía para la transformación de la realidad. Como los hombres de esta parte de la Tierra no tenían sus mismas costumbres, leyes o creencias, fueron considerados salvajes e incluso no humanos. Pocos de los recién llegados se esforzaron por comprender a estas sociedades diferentes, los más, al tratar de explicar la vida de las nuevas colonias con el instrumental cultural europeo cayeron en los errores más crasos. Las Crónicas y Relaciones que se escribieron durante y después de la invasión española están plagadas de yerros y confusiones. Así, por ejemplo, en la medida que no llegaron a entender que los incas tenían una manera diferente de tratar la historia, diversos cronistas dieron versiones distintas sobre los mismos hechos, de acuerdo con los informantes que tuvieron. Ahora se sabe casi con absoluta certeza que dentro de la nobleza incaica cada panaca tenía su propia versión de la historia, una versión que relevaba los hechos de los gobernantes y miembros de la propia panaca y olvidaba, minimizaba o tergiversaba los hechos atribuidos a los miembros de las demás panacas. Así, la versión que el Inca Garcilaso da sobre la lucha que enfrentó a Huáscar y Atahualpa está de acuerdo con la forma de ver de la panaca de Huáscar, que era de donde procedía la familia de Garcilaso. Este y otros obstáculos han hecho extremadamente difícil conocer la historia de los incas y otras sociedades precolombinas de Sudamérica.

Por otro camino, la profesora Raysa Amador en su *Aproximación histórica a los Comentarios Reales*, nos muestra que la obra del Inca no es, ni podía ser una relación verídica, 'objetiva', de los hechos de los incas. Nos presenta a los *Comentarios Reales*, elaborados con determinada concepción del mundo y con determinados intereses de clase. Garcilaso se sentía noble por ambas partes: descendía de la familia real incaica y había sido engendrado por un hidalgo español. Era pues un hijosdalgo y actuaba como tal, y su obra tenía que estar penetrada de esta su condición, difícil en realidad, porque también estaba conmocionada por el reflejo del enfrentamiento de las dos razas de las cuales procedía.

El trabajo de la profesora Amador está encaminado a demostrar que los *Comenta-*